
UNA PERSPECTIVA SOCIOPOLITICA DE LA PROBLEMATICA METROPOLITANA CON PARTICULAR ATENCION AL CASO LATINOAMERICANO *

José Cazorla Pérez

1. *Introducción*

En el seminario que precedió a este Congreso, se mencionó que la problemática del crecimiento urbano de ciertos países, especialmente asiáticos y latinoamericanos, se asemejaba al curso de un gran trasatlántico. Antes de conseguir detenerlo, se decía, son necesarios varios kilómetros de recorrido, dada su gran masa, y por tanto su fuerte inercia. Sin embargo, cabe señalar que puede no ser necesario detenerlo; para controlarlo, un uso inteligente de la maquinaria y del timón conseguirían efectos decisivos. Es posible así variar su dirección, e incluso, con las limitaciones desde luego de su inercia, invertir su marcha.

El símil, pues, es afortunado pero susceptible de muy diversas interpretaciones. Y entre ellas quizá no sean las más abundantes aquellas que parten de la causalidad y consecuencias de una serie de fundamentales factores sociopolíticos, que no siempre los técnicos —o los tecnócratas de nuestro tiempo— han tomado en consideración en sus planeamientos.

* Ponencia presentada al Primer Congreso Internacional de Planeación de Grandes Ciudades, Ciudad de México, junio de 1981.

Tal vez por eso, otros técnicos, como los economistas por ejemplo, están cada vez teniendo más presentes las conexiones del factor humano —omnipresente por definición— con las decisiones que se adoptan. Los modelos económicos o urbanísticos no tienen más futuro que el fracaso si se olvida el factor humano y sus consecuencias de orden político. Porque detrás de toda decisión técnica o económica ha habido antes una decisión política.

Y si en otra época esta decisión política podía adoptarse en un reducido círculo elitista y —salvo excepciones— ser aceptada (o sufrida) como algo tan inevitable cual los fenómenos meteorológicos por una masa de población, por unos súbditos, hoy se extiende en proporción cada vez mayor un sentimiento mezcla de frustración y apetencia de participación, que sobre todo en muchos grandes centros urbanos debe aceptarse como tal, asumirse y canalizarse, so pena de consecuencias de incalculable trascendencia. Aparte de que la complejidad de las fuerzas que entran en juego haga que resulte cada vez más difícil —o lo que es lo mismo, de peores consecuencias— la decisión unipersonal¹; es aquí precisamente donde la información de técnicos de muy diversos orígenes resulta indispensable y por tanto cierra el abanico de capacidad de decisiones políticas. Pero éstas tienen siempre prioridad y tienen también sus propios técnicos para implantarlas.

El propósito de este trabajo no es más que proporcionar una información debidamente documentada y unas opiniones que no tienen más valor que el de los conocimientos de quien las proporciona.

2. *La metrópolis: sus condicionamientos actuales*

Dice Henri Lefebvre que en el uso del espacio se da una «principal» pero en modo alguno única contradicción: que «de un lado hay la capacidad de conocer, de tratar, de transformar el espacio en una escala inmensa, e incluso a escala planetaria; y, por otro lado, el espacio se halla fragmentado, pulverizado por la propiedad privada, ya que cada fragmento del espacio tiene su propietario. Está pulverizado para ser comprado y vendido». La planificación del entorno tropieza, en suma, con la propiedad privada. El resultado es el caos espacial o al menos la irracionalidad contraria a la planeación racional. Y, por tanto, hay una «producción del espacio» teóricamente no distinguible desde el punto de vista dialéctico, de la producción de bienes y servicios, que en nuestro tiempo ha asumido una importancia trascendental². Volveremos sobre este punto.

¹ Como se vio, por ejemplo, en la Segunda Guerra Mundial, especialmente en el caso de Hitler frente a los técnicos militares, que repetidamente fueron dejados a un lado por la fanática fe del dictador en la infalibilidad de su inspiración.

² H. LEFEBVRE, "La producción del espacio", en *Papers*, Revista de Sociología (Universidad Autónoma de Barcelona, núm. 5, 1974), pp. 219 y ss.

Pero antes es preciso, siquiera sea brevemente, determinar las principales relaciones causales que producen el crecimiento urbano, crecimiento que, por su velocidad, aumenta a su vez la irracionalidad a que nos referimos. Y es evidente que una perspectiva objetiva de los componentes de tal incremento permitirá deducir la respectiva importancia de los factores en juego y, sobre todo, sus consecuencias sociopolíticas.

En un trabajo anterior³, señalábamos cómo en muchos lugares del mundo, especialmente en el Mediterráneo, Asia y Latinoamérica, se han venido produciendo en los últimos tiempos fuertes corrientes migratorias rural-urbanas, que en parte se explican a través de un doble juego de cambio de valores y posibilidades de empleo. Por una parte, una cultura, de «fabricación» y origen abrumadoramente urbanos, potenciada por los medios de masas, incide despiadadamente sobre un medio rural poco seguro de sus propios valores, en que éstos se han degradado o se están olvidando y en el cual los jóvenes no pocas veces contemplan como antiguallas lo que sus padres consideraban poco menos que sagrado, en cuanto intangible y transmitido de generación en generación. La aceleración del cambio social ha producido un brusco salto que hace mucho más difícil que nunca la coparticipación en unos mismos valores, entre familiares cuya diferencia de edad a menudo no es superior a dos o tres décadas.

Por otro lado, coadyuva en forma decisiva a esta corriente migratoria la relativamente creciente escasez de puestos de trabajo en el medio rural, potenciada a menudo por su mecanización, en el caso del Mediterráneo norte, o del fuerte incremento demográfico, en otros lugares del mundo. Resultado éste a su vez del conocido fenómeno de unas bajas tasas de mortalidad (sobre todo infantil) y del mantenimiento de unas altas tasas de natalidad.

Como veremos, unas expectativas se alcanzan y otras quedan muy atrás en el traslado a la ciudad, que en algunos casos está alcanzando proporciones que desbordan todas las previsiones. Pero debe quedar claro que, si bien los factores citados son de indiscutible importancia en estos movimientos, su denominador común, su causa más honda, radica en una fuerte desigualdad social, resultante de una defectuosa distribución —en frase de Engels— de los «medios de empleo».

No es aceptable quedarse en la mera «explicación» superficial de la presión demográfica y el rápido cambio de valores de lo tradicional a lo moderno y secular. Es preciso tener en cuenta que la mera existencia de una fuerte «distancia social» entre los estratos más altos y más bajos de una sociedad cualquiera, resultante de una acumulación de riqueza en aquéllos, potencia motivaciones que en otras condiciones no surgirían. Por eso, dentro

³ J. CAZORLA, "Algunos efectos de la inmigración rural en las relaciones intra-urbanas" (ponencia presentada al Primer Seminario Internacional de Planeación de Grandes Ciudades, multicopiada, México, abril 1981); reproducida en REIS, número 19, julio-septiembre 1982.

de una misma sociedad capitalista, pero relativamente más igualitaria, como la de Estados Unidos, estos movimientos son infinitamente menores y cualitativamente diferentes de los de países menos desarrollados. En éstos la «superioridad» de lo urbano no se limita a los aspectos económicos —fácilmente hay diferencias de renta seis o siete veces mayores en el habitante urbano medio frente al rural—, sino que coincide con actitudes de superioridad cultural que inciden psicológicamente en forma muy decisiva sobre el habitante del campo.

De hecho, la aceleración del cambio ha producido con frecuencia una especie de polarización entre los dos extremos de la sociedad. Persisten a la vez abundantes rasgos muy tradicionales en el medio rural, mientras en el extremo opuesto, la gran metrópolis presenta una casi infinita variedad de los aspectos más modernos, y a veces más chocantes, de nuestra sociedad. Y el abrumador peso de la cultura impuesta y dirigida desde la urbe no consigue romper esta polarización, que en ocasiones, como en el caso de México, tiene opuestas consecuencias. Por un lado, dificulta la asimilación social y política del inmigrante rural a la gran ciudad, marginándolo en sus «mores» en forma no muy distinta de la previa, en su pueblo de origen. Por otro, durante años este desequilibrio ha constituido «la clave de la estabilidad burguesa» de la sociedad mexicana⁴. Pero este desequilibrio social que en aparente paradoja ha propiciado el equilibrio político, no puede mantenerse por tiempo indefinido. Es preciso asumir la necesidad de acometer ciertas reformas profundas, en particular estimular a toda costa el proceso de participación de todos, habitantes urbanos y rurales, como después detallaremos, o atenerse a las previsibles consecuencias.

Nadie duda de que en países en donde la disparidad rural-urbana es mayor, en términos relativos suele mejorar la situación del inmigrante a la ciudad. Por mala que sea tal situación, con la mayor frecuencia ofrece oportunidades e incentivos, especialmente de orden laboral, que en su localidad de origen o eran inexistentes, o se encontraban fuera de su alcance. Incluso se ha demostrado que se registra una prolongación de la longitud misma de la vida.

En las condiciones actuales, millones de habitantes de zonas rurales de Latinoamérica presentan bajos niveles de productividad, altas cotas de desempleo y/o subempleo, que en ocasiones alcanzan casi el 50 por 100 de la población activa, y en consecuencia, una baja capacidad de consumo. Si se tiene en cuenta que en México, por ejemplo, según Jaguaribe, en 1969 sólo poco más del 20 por 100 de la población total tenía verdadera capacidad adquisitiva de bienes producidos industrialmente⁵, no es de extrañar que

⁴ E. RUIZ GARCÍA, "América Latina, hoy" (Madrid, Guadarrama, 1971), vol. II, página 62.

⁵ H. JAGUARIBE, "Political Development: A general Theory and a Latin American Case Study" (Harper & Row, New York, 1973), p. 408.

se produzca la polarización antes mencionada, con un fuerte contraste entre una población mayoritaria, que mantiene rasgos muy tradicionales, y otra muy modernizada, urbana e incluso metropolitana. Pero no se pierda de vista que la persistencia de un volumen de población relativamente pequeño, moderno y con una siquiera mínima capacidad adquisitiva es insuficiente para la impulsión del desarrollo.

Tal persistencia implica la distorsión del concepto mismo de desarrollo. Porque son muchos los que pueden preguntarse: «Desarrollo, ¿para quién?». Y es que para que pueda evitarse la manipulación ideológica del término —similar a la que en otro tiempo sufrió la palabra «progreso»— hay que tener en cuenta que *el desarrollo auténtico ha de ser continuado, integral y democráticamente controlado*. O lo que es lo mismo, que se extienda a un período de tiempo suficientemente extenso, que sus beneficios alcancen a todas las capas sociales, en particular a las económicamente peor situadas, y que su administración sea participativa. Cualquier uso de este palabra en contextos con fuertes desigualdades, sólo podría calificarse de manipulación ideológica.

Y, ¿en qué medida se puede decir que quienes afluyen al medio urbano aspiran y consiguen un cierto grado de desarrollo? Lo primero es un hecho indiscutible; precisamente por esto emigran. Pero otra cosa es que alcancen más que una pequeña parte de sus expectativas. Sabido es que la gran mayoría de la población que viene a incrementar las grandes ciudades en Asia y Latinoamérica carece de especialización y aun de niveles de educación más que en grado a menudo ínfimo. Por consiguiente, le es más difícil encontrar trabajo, y queda marginada en gran número. De aquí que fuertes volúmenes de población urbana, que fácilmente pueden superar la mitad o más de los habitantes de la gran ciudad, vengán precisamente a reforzar el estancamiento económico, no sólo porque carecen de capacidad adquisitiva, sino porque aumentan enormemente los costos de una serie de servicios públicos, disminuyendo las posibilidades de formación de capital y distorsionando a veces las tendencias de la expansión industrial.

Con lo cual, ni siquiera desde el punto de vista capitalista se justifican toda una serie de situaciones, no por frecuentes menos irracionales. Es decir, se da un crecimiento urbano al que no acompaña necesariamente el desarrollo económico. Y el costo individual, colectivo y económico de ese crecimiento tal vez sea considerado por ciertas capas altas como algo «normal», o «necesario» o «irrefrenable». Pero a plazo medio, y desde luego a largo plazo, ese costo puede resultar simplemente impagable.

La única pequeña ventaja que tiene todo el problema es que una parte de los inmigrantes al medio urbano mejoran en términos relativos su posición con respecto a la que tenían en su localidad de origen, y ello por una única razón: porque peor de lo que estaban allí no pueden estar en la ciudad. Y en cambio cabe alguna posibilidad de empleo en servicios subal-

ternos del sector terciario, en el peonaje industrial, o en alguna forma marginal de «ganarse la vida», que en su pueblo era por supuesto inexistente. Es decir, mejoran respecto al nivel de vida que tenían allí, pero en su gran mayoría permanecen prácticamente en el límite de la subsistencia en la ciudad. Con lo cual se produce una importante diferenciación cualitativa en la estructura de clases de las grandes urbes en Latinoamérica y Asia frente a las de países avanzados: mientras en éstos las clases medias son muy numerosas en las ciudades e incluso constituyen con gran frecuencia las tres cuartas partes o más de la población, en las metrópolis de países menos desarrollados, una proporción de la mitad o más de sus habitantes coincide con los *status* y los ingresos más bajos.

El mantenimiento de grandes masas de población, concentrada en relativamente reducida superficie, en condiciones de rápido cambio social simultáneas a la provocación de expectativas, y en situación de marginalidad, ofrece todas las condiciones previas a la aparición de la inestabilidad política.

Piénsese, por ejemplo, en la ineludible aspiración al uso de una vivienda en condiciones de siquiera mínima dignidad. Pues bien, según recientes datos del doctor Moavenzadeh, el 55 por 100 de los habitantes de la ciudad de México carecen de capacidad económica para hacer frente al costo de la construcción de la vivienda más barata posible. Esta proporción llega a ser alrededor de los dos tercios de la población en Ahmedabad, Madrás y Nairobi⁶. En muchas grandes ciudades se da, en fin, el fenómeno de una reducida clase social con altísimo nivel de vida, unas clases medias relativamente poco numerosas pero con un nivel aceptable, y una gran masa urbana en condiciones ínfimas. Rodeado todo ello a su vez de un medio rural en el que los medios de subsistencia son todavía más bajos. Esto puede provocar situaciones prolongables por no mucho tiempo. Véase, por citar un solo ejemplo, el caso de Irán, en donde los dos tercios de todos los productos del mercado eran consumidos (por una minoría a su vez) en la capital, Teherán, que sólo contaba con la décima parte de la población total del país. En el campo, a su vez, los ingresos eran sólo la quinta parte del promedio urbano⁷. ¿En qué medida tan profunda disparidad no operó en los acontecimientos revolucionarios que hemos presenciado en los últimos años, y que se protagonizaron básicamente en Teherán?

Veamos pues, brevemente, cómo opera el mecanismo de crecimiento de las expectativas, crecimiento de las demandas y respuesta del sistema político a estas presiones, que son singularmente acusadas en las grandes ciudades.

⁶ F. MOAVENZADEH, "Vivienda e infraestructura" (ponencia presentada en el Primer Seminario Internacional de Planeación de Grandes Ciudades, multicopiada, México, abril 1981), pp. 3-4.

⁷ Según A. TOFFLER, "The Third Wave" (Pan Books, London, 1981), p. 340.

3. *Expectativas y demandas en la metrópolis*

En la ciudad moderna se da una «producción del espacio» similar a la producción de bienes y servicios⁸, y una variedad inmensa de usos de este espacio. Ello es lógico, toda vez que el proceso de modernización no sólo incrementa el tamaño de las ciudades, sino que introduce en ellas unas funciones extraordinariamente diversificadas y, por tanto, muy complejas. Los avances tecnológicos y el, al parecer, imparable aumento de las burocracias pública y privada confieren en las economías de mercado el control de esa producción del espacio —y de los servicios que le son inherentes— a una reducida élite, lo que supone una de las principales causas de la desigualdad urbana.

Opera además con gran eficacia la teoría de la privación relativa: no sólo faltan servicios a disposición de un gran número de ciudadanos, sino, aún más importante, éstos se consideran con derecho a recibirlos, cosa a la que en una estructura más tradicional, o lo que es lo mismo, en su localidad de origen, simplemente no aspiraban. El nivel de expectativas crece precisamente al mejorar algo las condiciones de vida, y sobre todo al poderse establecer comparaciones inmediatas con capas sociales urbanas situadas «más arriba». Las expectativas además se ven estimuladas por los efectos de los medios de masas, que ofrecen constantes estímulos al consumo, y por la complejidad misma de la sociedad, que aparte determinados bienes y servicios básicos, contribuye a diversificar las apetencias, los gustos y las aspiraciones.

En resumidas cuentas, la complejidad de la gran urbe origina grupos muy numerosos y variados, que por tanto presentan múltiples demandas al sistema político global y local. Y no siempre uno y otro se encuentran preparados en nuestro tiempo para hacerles frente. Como ha señalado Toffler, «demasiadas decisiones, demasiado aprisa, acerca de problemas a menudo extraños y con los que se está poco familiarizado —y no una supuesta 'falta de liderazgos'— explican la grave incompetencia de las actuales decisiones políticas y gubernativas. Nuestras instituciones se tambalean como consecuencia de una implosión de decisiones»⁹.

En las sociedades agrarias, una serie de valores claves, tales como educación, patrimonio, ingresos, *status* y poder se correlacionan estrechamente. Es decir, la extrema desigualdad origina una fuerte acumulación de recursos políticos en la cúspide de la estructura social y prácticamente ningunos en su base. Pero al producirse el cambio social y la industrialización de los centros urbanos, las recompensas y privilegios comienzan a distribuirse en forma diferente y se inicia la reasignación de recursos políticos, que en la sociedad tradicional eran monopolio de élites muy reducidas y que se auto-

⁸ Según LEFEBVRE, *op. cit.*

⁹ TOFFLER, *op. cit.*, p. 421.

perpetuaban. Con los procesos de modernización, la participación política queda menos influida por factores de *status* personal, ya que entran en juego intereses colectivos que son resultado a la vez de las nuevas funciones que asume el Estado. Las demandas pueden tener tanta trascendencia —especialmente las surgidas en centros metropolitanos— que se terminen por procesar no ya a nivel local sino nacional.

Esto no significa la desaparición de las relaciones de poder tradicionales, como la clásica «clientela», para ser sustituidas totalmente por agencias más modernas, como los partidos políticos y organizaciones de ciudadanos. Es más, incluso dentro de los propios partidos se reproducen a menudo las clientelas a su vez. Pero adquieren mayor peso las representaciones de clase, y sobre todo, se multiplican los grupos de interés, lo que da lugar a una actividad política mucho más compleja que la existente en la sociedad tradicional. Complejidad que se basa, como ha señalado García Pelayo, en el aumento cuantitativo y cualitativo de las demandas que ha de procesar el poder establecido, la previsión de las a menudo remotas consecuencias de las decisiones, en un efecto varias veces retroactivo, y en la diversificación de los instrumentos de acción, lo que de nuevo produce otros problemas resultantes de su duplicación o multiplicación¹⁰.

En considerables masas de población, incluso si en buena parte se encuentran en paro o reciben salarios muy bajos, se despiertan a lo largo de este proceso nuevas apetencias, derivadas, además de los factores causales ya mencionados, de su acceso a ciertos productos industrializados baratos, que, como hemos dicho, por primera vez quedan a su alcance. Y por eso, una pequeña mejora en las condiciones de vida, como también apuntábamos antes, puede abrir la esperanza a alcanzar otras satisfacciones, y, en aparente paradoja, conducir a una mayor insatisfacción e impaciencia. Los antiguos sistemas de valores, procedentes de la sociedad rural-tradicional, se hunden, sobre todo desde la segunda generación de habitantes urbanos, y son sustituidos por otros —«altero dirigidos» en expresión de Riessman—, en los que nuevos grupos de referencia no tradicionales adquieren un papel decisivo. Así, la familia, la iglesia, el poder establecido, los grandes propietarios, son sustituidos por «los iguales» (que a menudo son los supuestos representantes de la subcultura «joven»), los burgueses, o los protagonistas «lanzados» por los medios de masas.

La sociedad tradicional tiene una percepción estamental de las diferencias de clase, por lo que no se plantea la oposición al sistema, y a la vez legítima la política de la élite establecida. Tampoco aspira a la participación,

¹⁰ Estos dos últimos párrafos se han reproducido, con leves modificaciones, de J. CAZORLA, M. BONACHELA y J. LÓPEZ DOMECH, "Demandas sociales y partidos políticos en España" (ponencia presentada a la Mesa Redonda de la Asociación Española de Ciencia Política, Madrid, mayo de 1981, multicopiada, en prensa, para *Revista de Estudios Políticos*, núm. 23), pp. 2-4.

y en suma, posee una visión fatalista, particularista e individualista de la vida política. Por el contrario, en las zonas urbanas de rápido crecimiento, lo que se produce es una carrera entre el incremento de la clase trabajadora y el ascenso de sus expectativas y demandas, por una parte, y por otra su satisfacción real. Los valores de clase son transmitidos por la propia vecindad y «los iguales» incluso a los inmigrantes recién llegados. Oscilan éstos, pues, entre su propia socialización y las nuevas presiones, que ponen en conflicto interno sus escalas de valores individuales. Estudiando el caso del Brasil, Dillon Soares ha dicho que cabe hablar de un proceso de radicalización política que en definitiva depende del resultado de la carrera «entre la urbanización, que eleva el nivel de aspiraciones para un número cada vez mayor de personas, y la industrialización, que las satisface»¹¹. Sin embargo, como después veremos, el proceso no es tan simple, porque intervienen también tanto la voluntad de los tenedores del poder y la riqueza para acometer una mejor distribución de esta última, y las posibilidades —a menudo inexplotadas— que ofrece el medio rural para un desarrollo integral.

De lo que no cabe duda es del retraso con que hasta el momento se vienen satisfaciendo *algunas* de las crecientes demandas de la población menos pudiente y más numerosa de las metrópolis de Latinoamérica y Asia, por parte del poder establecido. Y muchas veces tales demandas ni siquiera son respondidas, no ya parcialmente satisfechas. Los altos costos de los servicios públicos, de las infraestructuras urbanas, y de las propias viviendas presentan una fisura, una diferencia cada vez mayor con relación a sus respectivas demandas. Y es que «si bien es cierto que muchos de los problemas económicos, sociales y políticos de las economías desarrolladas derivan del hecho de que la ideología va muy por detrás de la tecnología, no lo es menos que los problemas de las zonas subdesarrolladas se agudizan debido a que la ideología va por delante de la tecnología»¹².

Cabe distinguir en las grandes masas urbanas, dos estratos claramente diferenciables, cuyas expectativas y demandas tienen efectos cualitativamente distintos, pero complementarios. Por un lado, surge una *lumpen intelligentsia*, que procede de estudiantes o intelectuales sin trabajo, o que han dejado los estudios, y situaciones similares. Estas personas tienen pocas posibilidades de usar sus capacidades, no encuentran fácilmente un empleo y carecen de capital para iniciar ningún negocio. Y ello no pocas veces les impulsa, como dice Tangri, a orientarse ya que no hacia una empresa comercial, hacia una empresa política, que suele requerir menos aptitudes y desde luego menos capital que la otra. No se pierda de vista que en esta actitud puede jugar

¹¹ G. A. DILLON SOARES, "The Politics of Uneven Development: The Case of Brazil", en el *reader* de LIPSET y ROKKAN, *Party Systems and Voter Alignments* (Free Press, New York, 1967), p. 492.

¹² S. TANGRI, "Urbanization, Political Stability and Economic Growth", en el *reader* de FINKLE y GABLE, *Political Development and Social Change* (Wiley and Sons, New York, 1971), p. 216.

un importante papel la amarga desilusión de quien, considerándose intelectual, ve cómo la sociedad no sabe apreciar sus capacidades. En estos casos, operan justamente los factores diametralmente opuestos al conformismo campesino, y por ello el grado de frustración es máximo. El papel político de estos individuos pues, especialmente en grupos radicalizados, puede ser decisivo.

Hay otro estrato urbano, de similar importancia política y volumen inmensamente superior, que es el *lumpen-proletariado*, compuesto sobre todo de personas sin empleo o con actividades marginales o de ínfima categoría en las ciudades. Y son precisamente quienes a lo largo de la Historia, y ahora en mayor número que nunca, han protagonizado las revueltas urbanas.

Uno y otro grupo son bien susceptibles de recibir impulsos ideológicos o recursos financieros y organizativos, procedentes de fuentes muy diversas, pero interesadas en producir cambios políticos más o menos radicales. No se pierda de vista que la mezcla de «educación, juventud y desempleo» puede tener resultados explosivos. «En la medida en que un partido en el poder se deteriore y la juventud se desilusione cada vez más con el *status quo*, saldrán perdiendo todas las posturas liberales y moderadas»¹³.

Las frustraciones personales que pueden conducir a resultados políticos pueden tener muchos orígenes. Así, la inseguridad económica puede retrasar el matrimonio, y los jóvenes pueden no encontrar en su vecindad inmediata, ni aún más lejos, centros culturales o deportivos que permitan dar salida a su capacidad creativa o simplemente a sus energías soterradas. A menudo, en estas grandes ciudades, no hay oportunidades, ni organización, ni se cuenta con dinero para fomentar actividades recreativas, artísticas o deportivas que no sólo son consideradas hoy por millones de personas como imprescindibles —y por tanto lo son—, sino que cumplen además la función latente de servir de válvula de escape a tensiones que si se acumulan pueden, una vez más, tener consecuencias políticas.

Y en cuanto a los intelectuales —jóvenes o no—, si llegan al convencimiento de que se les trata como meros espectadores y no como verdaderos partícipes en los procesos de cambio, fácilmente su resentimiento puede asumir expresiones exteriores. A su vez, las autoridades se sentirán propensas a considerar tales críticas como «destructivas» y a rechazarlas con dureza. Con lo cual se inicia un círculo vicioso de acusaciones mutuas unas veces irresponsables y otras coléricas¹⁴. Todo lo cual contribuye poco a la estabilidad, y por ende al desarrollo.

No menos efectivos son los conceptos de «privación absoluta» y «privación relativa» para comprender la causalidad profunda del conjunto de expectativas y demandas que actúa sobre el sistema político como consecuen-

¹³ *Ibidem*, pp. 218 y 220.

¹⁴ *Ibidem*, p. 221.

cia de la particular problemática de las grandes ciudades. Por una parte, la privación absoluta es resultado del incremento de los niveles de aspiraciones, a que ya hemos aludido, sin que aumenten paralelamente las satisfacciones. Y por otro lado, la privación relativa procede de la constante y próxima comparación con los modos de vida de las clases media y alta urbanas. Ya no se da un sentimiento subsidiario de satisfacción al contemplar cómo «ellos» disfrutan, sino precisamente opuesto, de «¿por qué ellos sí y yo no?». Es precisamente la diferencia entre una sociedad estamental y una sociedad clasista¹⁵.

Y esta actitud se acentúa por causa de la continua estimulación al consumo, procedente de los medios de masas, y, en algunos países, por el convencimiento de que sus considerables recursos naturales, o no están bien administrados, o son patrimonio de unos pocos, o en todo caso sus frutos alcanzan a muchos menos de lo que deberían.

No quiere esto decir que la posibilidad de conflictos abiertos sea exclusiva del medio urbano de los países en desarrollo. También en las sociedades avanzadas se dan, precisamente por la enorme influencia en ellas de la «privación relativa». Las condiciones de vida en algunos suburbios de ciudades de Estados Unidos, por ejemplo, «son de hecho muy superiores en innumerales aspectos a las de los residentes urbanos de Europa Occidental. Así, proporcionalmente a la población de raza negra de Chicago dispone de mayor número de baños y duchas que la totalidad de las viviendas de Estocolmo... Hay más hogares negros en Nueva York con teléfono que en la totalidad de Hamburgo», y, por no citar más datos, «sólo una décima parte de las viviendas de familias negras de Filadelfia tenía más de una persona por habitación (en 1974), proporción que en Ginebra era del 20 por 100»¹⁶.

Es decir, que esas personas, objetivamente viven a un nivel superior al de muchos europeos occidentales, pero subjetivamente se contemplan como

¹⁵ Véase J. CAZORLA, "Dependencia, integración y descentralización de las organizaciones políticas" (revista *Corintios XIII*, núms. 11-12, Madrid, 1979). El buen pueblo de Versalles, que ante las rejas de entrada contemplaba los costosos banquetes de la Corte, poco después asaltó aquel palacio y decapitó a muchos de los comensales. En aquel caso, las circunstancias acumuladas produjeron una transición de conciencia estamental a clasista muy rápida, tal vez por no haber contado con ninguna válvula de escape durante más de un siglo, ni el propio pueblo, ni la burguesía. Uno y otra vieron repetidamente frustradas sus aspiraciones, como es bien sabido. Véase también TANGRI, *op. cit.*, p. 223.

¹⁶ Según R. C. FRIED, "Comparative Urban Policy and Performance" (en el *Handbook of Political Science*, edit. por Greenstein and Polsby, edit. Addison-Wesley, Massachusetts, 1975), vol. 6, nota 11, pp. 361-362. Desórdenes urbanos por efecto de la "privación relativa" se han dado también en Europa. Por ejemplo, en sociedades tan avanzadas como la República Federal de Alemania y Holanda, han sido frecuentes los problemas suscitados por la ocupación violenta de viviendas vacías por grupos de jóvenes. Los enfrentamientos con la fuerza pública a veces han sido muy violentos, como demuestra el que, según la prensa, el 26 de mayo de 1981 resultasen heridos nada menos que 105 policías en Berlín Occidental al tratar de desalojar a ocupantes ilegales de pisos en aquella ciudad.

discriminadas, al compararse con los niveles de *sus propias clases altas*. Y este sentimiento de privación relativa ha contribuido poderosamente a servir de incentivo a los motines raciales urbanos que se han producido en Estados Unidos con cierta frecuencia.

Con mayor razón pueden darse condiciones favorables a la inquietud en masas urbanas de otros países, cuando *objetivamente* éstas se encuentran en mucho peores condiciones de vida —o sea, cuando la «altura» de la pirámide social es muy superior a la de los países avanzados—. La influencia del «cómo viven los otros», contemplada directamente, o en el cine, la TV o las revistas populares, las predicaciones de partidos políticos, líderes religiosos o reformistas sociales pueden lógicamente y justamente imbuir un sentimiento de derecho a la igualdad o al menos a la disminución de las distancias sociales, que contraste agudamente con la realidad cotidiana. Y a la vez que los otrora semidioses, los «de arriba», vistos de cerca, pierdan su apariencia de tales y «parezcan ya más humanos, puede suceder que sus actos, precisamente, aparezcan ahora más inhumanos»¹⁷.

Conectamos aquí, pues, con el papel de la élite urbana, al que nos referiremos brevemente, en contraste con los otros estratos.

4. *Elite urbana y cambio político*

Como es sabido, los componentes de la gran masa trabajadora urbana proceden en su mayoría de zonas rurales, y durante una o dos generaciones —y a veces más— mantienen características sociopsicológicas propias de su medio original. Entre ellas destaca el denominado «amoralismo familiar», que, como he señalado en otro lugar, se identifica por la desconfianza hacia quienes no pertenecen al entorno inmediato de la vecindad, la familia o el trabajo, por la resistencia a toda colaboración que no represente un beneficio inmediato para uno mismo o sus allegados, y por el rechazo a casi toda forma de asociación y a cualquier persona que diga actuar en beneficio de la comunidad¹⁸.

En ciertos países, pues, la capa más alta de la sociedad ha venido confiando en la perpetuación de aquellas actitudes, lo que, como es obvio, favorece su dominio del poder y la riqueza. Efectivamente, grandes masas urbanas y por supuesto rurales, han carecido de los incentivos colectivos necesarios para la adquisición de comportamientos «modernos», para su movilización, resultando en suma en obstáculos al propio desarrollo. Pero es preciso tener en cuenta dos factores. Por un lado, la tendencia, por las razones antes expuestas, es que las tradicionales actitudes estamentales, fata-

¹⁷ TANGRI, *op. cit.*, p. 223.

¹⁸ J. CAZORLA, "Algunos efectos...", *cit.*, p. 20.

listas, se hagan cada vez más escasas, y estén siendo sustituidas por las contrarias.

Por otro lado, a menudo la élite no ha tenido capacidad de autocrítica. Y no se ha dado cuenta de que correspondía al amoralismo familiar de la clase trabajadora, con una actitud paralela, a la que cabe denominar por esa razón, grupismo, clasismo o clanismo amoral¹⁹. Con demasiada frecuencia, y en particular en los países en desarrollo, la clase alta ha mantenido durante un período de tiempo excesivamente largo una falta de sensibilidad a las consecuencias políticas del cambio. Es decir, ha actuado con mentalidad típicamente preindustrial, o lo que es lo mismo, precapitalista.

Y por eso, como dice Isard, «las decisiones que la élite ha adoptado han sido cada vez menos perceptivas de las necesidades de las masas dentro de los límites políticos de la ciudad. Así, por ejemplo, la élite, en su ambiente cuidadosamente protegido, ha conseguido eludir los rasgos indeseables de la vida urbana, tales como los atascos de tráfico, el ruido, el polvo y la delincuencia. Cuando ha tomado decisiones para efectuar mayores inversiones en la industria, o cuando ha promovido el crecimiento de la ciudad para obtener beneficios de sus propiedades inmobiliarias, muy pocas veces se ha planteado la pregunta de si las ciudades no estarían creciendo demasiado. Incluso hoy, en que no tiene que soportar la mayor parte de la contaminación del aire, el agua, los residuos sólidos, el paisaje, el ruido o la delincuencia, aquellas decisiones que afectan directa o indirectamente al crecimiento urbano no toman lo bastante en consideración los costos sociales, rápidamente en aumento, de tal crecimiento. Estos costos se originan en su mayor parte en quienes no tienen más elección que residir dentro de las zonas menos deseables de las ciudades».

Y, al no percibir los cambios que se producen, en particular el deterioro del entorno, con el consiguiente aumento de las expectativas y las demandas, añade «(la élite) sólo toma conciencia de estas poco deseables transformaciones mucho después de que se han hecho visibles, cuando obviamente es demasiado tarde para remediarlas, o en todo caso, lo serán a costos económicos excesivamente altos»²⁰.

Y entonces, lo paradójico es que para resolver esos problemas, se exige proporcionalmente un mayor esfuerzo y una mayor aportación económica a quienes siendo menos pudientes, los sufren más, y a la vez son quienes menos responsabilidad tienen en haberlos causado y quienes menos beneficios

¹⁹ S. P. HUNTINGTON, "Political Order in Changing Societies" (Yale Univ. Press, New Haven, 1968), p. 24. Cabría preguntarse si el considerar como algo "normal", y por tanto en cierto modo legítimo al soborno o al cohecho, en todos o casi todos los niveles sociales de un país, no constituye una variedad más de "amoralismo familiar", que privatiza lo que en todo caso deberían ser ingresos públicos.

²⁰ W. ISARD, "Introduction to Regional Science" (Prentice Hall, New Jersey, 1975), p. 46. Las palabras de Isard se refieren a Estados Unidos. Con mayor razón resultan aplicables a otros países menos desarrollados.

obtienen de sus causas. Dicho de otro modo, el peso de la renovación urbana recae con mayor fuerza sobre aquellos que menos han contribuido al deterioro de la ciudad.

El hecho es que éste y otros muchos datos demuestran la existencia de una profunda brecha en la relación masa-élite en numerosos países y en especial en los de Latinoamérica. Durante largo tiempo, aunque ahora la situación esté cambiando, las masas de estos países han sido tratadas en forma «equivalente a un pueblo colonizado extranjero, a la manera en que dos naciones diferentes se encontrarían en una relación de dependencia y subordinación»²¹. Entre otras razones de orden histórico, como el insuficiente desarrollo de una burguesía, paralelo al de la Península Ibérica, Jaguaribe atribuye esta peculiar relación al sentimiento de la élite latinoamericana «de pertenecer a una élite europea occidental, condicionado por la literatura y la visión del mundo francesas, unidas a algunos rasgos del 'gentleman' ideal inglés». Ello le lleva a concluir que el subdesarrollo de estas sociedades se debe a haber tenido unas élites a las que denomina 'disfuncionales'»²².

A esto contribuye poderosamente el *control exterior* de las principales industrias y corporaciones mercantiles de Latinoamérica, sobre todo a través de las multinacionales. Según Pablo González Casanova, ya en 1965, el 54 por 100 de las ventas de las 400 compañías industriales más importantes de México se encontraba controlado por empresas extranjeras, por citar un solo ejemplo²³. Este proceso de «desnacionalización» ha venido contribuyendo, pues, a la alienación de la élite, y lo que es más trascendente aún, a la falta de perspectiva social de sus decisiones económicas.

La alianza del capitalismo nacional y el exterior, que ha propiciado una gigantesca acumulación de capital, ha dado lugar, según el periódico mexicano *El Día* (de 19 de febrero de 1970), a que «el mayor poder de compra de las clases media y alta del país se sustente en el empobrecimiento relativo de grandes masas de población. Los desajustes del crecimiento de la economía, los desequilibrios en el desarrollo regional y la miseria de las grandes masas campesinas son, en última instancia, distintas manifestaciones de un mismo fenómeno: un desarrollo nacional que tiende a acentuar —y a generalizar— la desigualdad económica, y por tanto la inconformidad social»²⁴. Esto lleva a una consecuencia política, una vez más: la acumulación de capital antes mencionada, da origen a dos fenómenos paralelos que es preciso evitar. «Un poder permanentemente represivo, y una izquierda condenada a la sumisión o a la impugnación total del sistema»²⁵.

²¹ JAGUARIBE, cit., p. 436.

²² *Ibidem*, pp. 430 y ss.

²³ Según P. GONZÁLEZ CASANOVA, "La democracia en México" (ed. Era, México, 1965), tabla 18.

²⁴ Reproducido en E. RUIZ GARCÍA, cit., pp. 62-63.

²⁵ *Ibidem*, p. 62.

En opinión de E. Ruiz García, «es obvio que la burguesía mexicana progresista... no puede aceptar por mucho tiempo, sin crisis, el desequilibrio. La radicalización democrática... es inevitable para salvar el proyecto mismo del desarrollo capitalista del país. La revolución mexicana, en suma, tiene que aceptar que su proyecto final no es la transformación radical de la sociedad, sino el modelo de desarrollo capitalista. Si no cumple este acto de verismo con una mejor democratización del poder y una mejor redistribución de la renta —lo que consagra también el régimen político de las desigualdades económicas, y por tanto la naturaleza misma del capitalismo— las tensiones de 1968 se reproducirán una y otra vez con mayores 'contagios'»²⁶.

Es decir, en frase de Octavio Paz, se corre el peligro de desembocar «en el estancamiento forzado de la nación o en un cambio que equilibre el notable progreso económico, con el muchísimo menos notable progreso en la distribución social de la riqueza y con el nulo avance en materia de participación política». Es precisa, según este conocido autor, «una distribución política de los canales de acceso a la vida parlamentaria, y una organización sindical más libre, que haga factible el juego de los grupos económicos», lo cual evidentemente no es fácil²⁷.

El *decalage* entre el crecimiento de la economía y la participación de las masas, producido por la inflación, entre otros factores, algunos ya citados, significa el sacrificio de determinados sectores de la sociedad en muchos países de Latinoamérica. O bien las clases más pudientes han de contribuir en mucha mayor medida a la formación de un excedente con el que financiar los esfuerzos para conseguir el desarrollo y la mejora social de una importante parte de la población, o bien (como sucede más a menudo), el equilibrio por una parte entre oferta y demanda de bienes, y entre inversiones y beneficios sociales, frente a, por otra parte, la formación nacional de tales excedentes, se conseguirá reduciendo los niveles de consumo de esa masa de población, y ajustando las inversiones a los excedentes nacionales, si es que los hay.

El incremento de las clases medias urbanas en las últimas décadas ha producido, de nuevo, el conocido fenómeno de una imitación por éstas de los valores y estilo de vida de la clase alta. Por eso, entre una y otras se da una clara compatibilidad psicocultural, en términos generales. Y por la misma razón, la gran quiebra, la profunda fisura entre las clases sociales de países como Brasil o México, pasa por debajo de las clases medias, separándolas a ellas y a la alta, del gran volumen de población urbana en situación pre-

²⁶ *Ibidem*, p. 63. Según Juan J. LINZ, en "Totalitarian and Authoritarian Regimes" (*HPS*, cit., vol. 3), refiriéndose al PRI mejicano, el hecho de que se trate de un partido "privilegiado" no implica que no haya en él una "considerable libertad de expresión y organización". Y añade, "aunque es un sistema oligárquico, posee un potencial democrático".

²⁷ Citado en E. RUIZ GARCÍA, cit., p. 65.

caria y más abajo aún, de la masa campesina²⁸. Tan grave desigualdad cultural y material sólo puede empezar a resolverse mediante el fomento de la participación, por la vía no sólo de los partidos políticos, sino de las organizaciones ciudadanas y otras de carácter voluntario.

5. *Participación, organizaciones ciudadanas y partidos políticos*

En un trabajo anterior nos hemos ocupado de este punto, por lo que no vamos aquí más que a hacer las observaciones complementarias indispensables a lo ya expuesto²⁹.

Cabe recordar que numerosos datos atestiguan cómo entre las apetencias de participación política y la urbanización intensa no se da necesariamente una alta correlación. O lo que es lo mismo, no hay una relación causal directa entre ambos fenómenos. Por ejemplo, un reanálisis de los conocidos datos comparativos de Almond y Verba, procedentes de un estudio simultáneo por encuesta realizado en Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Italia y México (publicados por primera vez en *La Cultura Cívica*), demostraba que la urbanización, en términos de tamaño del lugar de residencia, no poseía un impacto independiente en la participación política en general³⁰.

Lo que hay es un fenómeno más complejo. Cuando se entra en relación con organizaciones ciudadanas o políticas, se incrementa la participación política sin que necesariamente cambien las actitudes. Pero cuando lo que entra en juego es el *status* social, se produce un cambio significativo en las actitudes, aumentando el sentido del deber de participar, el nivel de información política, el interés por las cuestiones públicas, el grado de percepción del influjo del Gobierno en los intereses individuales, y demás. Se ha comprobado así cómo hacia 1972 «inmigrantes llegados a la ciudad de México se dedicaban a actividades políticas comunitarias y votaban más a menudo que los residentes de origen urbano, aun pese al hecho de que el nivel cognitivo de éstos respecto al proceso político era mucho mayor. Lo cual indica que la vinculación de personas de bajo *status* con este tipo de organizaciones es probablemente resultado del desarrollo de un claro sentido de conciencia de clase. Cuanto más intensamente se identifica un individuo con su grupo, sea una clase, una vecindad o una comunidad, es más susceptible de implicarse en alguna organización y participar políticamente»³¹.

El hecho es que la movilización política, volviendo a nuestro símil original, adolece de una fuerte inercia. Resulta difícil ponerla en marcha y durante un cierto tiempo procede con gran lentitud. Pero cuando ha alcanzado

²⁸ Según JAGUARIBE, cit., pp. 450 y ss.

²⁹ J. CAZORLA, "Algunos efectos...", cit.

³⁰ Según recogen S. P. HUNTINGTON y J. I. DOMÍNGUEZ, "Political Development" (en *HPS*, cit., vol. 3), p. 41.

³¹ Según Cornelius WAYNE, citado en HUNTINGTON y DOMÍNGUEZ, cit., pp. 36-37.

velocidad, puede resultar imparable. Y el medio urbano —y no digamos el metropolitano— juega aquí un doble papel. Por un lado, afluyen a él constantemente grandes contingentes de inmigrantes con un muy bajo nivel de *status*, como sabemos. Por otro, en él se multiplican las tensiones y conflictos resultantes de la modernización social y política. Tales circunstancias constituyen un caldo de cultivo —no en todos los países, como hemos señalado— que termina por crear una conciencia de grupo (que a menudo equivale a conciencia de clase), lo que a su vez conduce a la acción colectiva a unos grupos frente a otros para defender sus pretensiones. Se refuerza así la autoidentificación del intragrupo y se promueven pautas de participación política. Por la misma razón, la disposición de los mencionados inmigrantes a la ciudad de México para actuar colectivamente «era en gran parte producto de experiencias urbanas de socialización, particularmente experiencias colectivas de politización, tales como ocupación de tierras, confrontaciones con la policía, con terratenientes, organizaciones gubernativas u otras figuras de autoridad, y otros tipos de experiencias que culminaban en 'sanciones negativas'»³².

Es evidente, pues, que en ciertas fases del proceso de socialización, el factor que más puede inducir a la participación política es precisamente la conciencia de grupo o de clase, reforzada por la fuerte brecha existente respecto a los «extragrupos» de «arriba» y el poderoso efecto de la privación relativa. Y, como las posibilidades de movilidad ascendente son muy escasas, debido a la fuerte demanda de empleo, los bajos salarios, y la gran masa de inmigrantes en paro, muchas apetencias quedarán frustradas, lo que puede radicalizar las aspiraciones. Sólo cuando una gran masa de población alcanza una relativa mejora económica y social, consigue en términos objetivos alcanzar un *status* más alto, puede comenzar a disminuir su deseo de militancia política. Pero el caso de muchas grandes ciudades de Latinoamérica es precisamente el contrario.

Los instrumentos más apropiados para canalizar estas apetencias de participación son obviamente los partidos políticos, pero no en exclusiva. Los modernos partidos de integración —que algunos irónicamente denominan «cógelo-todo»— y que unen funciones sociales, culturales y de bienestar, a las puramente políticas, pueden tener éxito. Si no lo consiguen, o no se lo proponen, pueden ser suplantados por partidos de clase, que polaricen la lucha política en forma peligrosa para la estabilidad del sistema.

Junto a ellos, una serie de organizaciones ciudadanas, asociaciones de vecinos, de consumidores, ciertas cooperativas y demás, pueden desempeñar un papel fundamental, que convierta en demandas y apoyos colectivos frente al sistema político, lo que de otro modo sólo serían frustraciones y resentimientos personales. Como a menudo los partidos políticos carecen de una buena

³² *Ibidem*, p. 37.

organización a nivel de distritos urbanos o no cubren todas las funciones —por ejemplo, de tipo benéfico o de asesoramiento personal— que la población residente precisa, el papel de estas asociaciones puede constituir un valiosísimo auxiliar en su actividad. En algunos países avanzados existen con carácter permanente comités mixtos compuestos por representantes del municipio o el barrio, funcionarios, y miembros de asociaciones vecinales, que no sólo poseen carácter consultivo sino prácticamente ejecutivo para la mejora de las condiciones de aquellas zonas urbanas.

Esto no puede llevarnos al optimismo de pensar que, en caso de conseguirse tan deseable colaboración, está resuelto el problema político de la gran ciudad y el problema técnico, derivado de él, de su planificación.

El hecho es que lo que constituiría una planificación ideal, como al principio hemos apuntado, tropieza con unos intereses y con una determinada estructura social. Hay muchos factores que, además, quedan fuera del alcance de las políticas urbanas, como por ejemplo la repercusión de una reforma agraria en la inmigración, por citar uno sólo. Y es que en estos casos resulta indispensable partir por lo menos de un análisis, no de elementos aislados, sino de dependencia mutua. Y los mecanismos de acumulación y de dominación que son propios del sistema capitalista —en especial en los países no avanzados— son obstáculo demasiadas veces decisivo para una política urbana racional.

Sin embargo, es también cierto que la movilización y la iniciativa de las masas urbanas, junto a la presencia de sus representantes o sus «organizaciones en las instituciones políticas, permite realizar un conjunto de reformas que mejoran sustantivamente sus condiciones de vida y aumentan su fuerza política ideológica»³³.

Y, por la misma razón, la planificación de la ciudad, dentro de los límites que imponga el sistema político y socioeconómico, resulta tanto más necesaria cuanto más compleja se vuelve. Tal planificación ha de preverse, en suma, no sobre un conjunto urbano en abstracto, sino en función de las muy diversas demandas que impone su propia estructura geográfica, ambiental y humana. Y, en la medida en que «el fenómeno urbano se apoya fundamentalmente en un fenómeno de clases», habrá que tener muy presentes las exigencias derivadas de ello. Si, como ha dicho Ferrarotti, «en la constitución de la ciudad va implícita una promesa de igualdad que históricamente ha sido traicionada»³⁴, el principal deber de los planificadores, y por encima de

³³ J. BORJA, "Movimientos urbanos de las clases populares. Movimiento reivindicativo, movimiento democrático, dualidad de poder", en *Papers*, cit., p. 52. Todo este número de dicha Revista se dedicó monográficamente a temas de Sociología Urbana, con excelentes aportaciones.

³⁴ F. FERRAROTTI, "Problemi politici ed economici dello sviluppo urbano della città di Roma", en *Papers*, cit., pp. 197 y 199.

ellos, de los políticos, es contribuir cada vez más a que esa promesa se cumpla.

En definitiva, un estudio adecuado de la problemática a que nos hemos referido a lo largo del presente trabajo requeriría tocar por lo menos los siguientes puntos:

- 1) El síndrome de la modernización a través de algunos datos significativos: indicadores sociales, educativos, sanitarios y de actitudes políticas.
- 2) Disparidades regionales. Contrastes rural-urbanos y movimientos migratorios: indicadores.
- 3) Subsistencia de culturas «tradicionales»: ¿estabilidad, proliferación o disminución?
- 4) Amoralismo familiar y otras pautas de comportamiento «tradicional». Clasismo amoral. Sus modificaciones. Los procesos de socialización y su influencia.
- 5) Percepción y actitudes respecto a las instituciones básicas. El contraste cooperación-conflicto.
- 6) Cultura cívica y cultura política. El concepto de la participación y sus consecuencias en cada subcultura.
- 7) Conclusiones y posibles recomendaciones a nivel institucional.